

PERSONAJES

LEONTES, rey de Sicilia.
MAMILIO, su hijo.
CAMILO,
ANTIGONO,
CLEOMENES,
DION,
OTRO NOBLE SICILIANO. } nobles sicilianos.
ROGERO, caballero siciliano.
UN CRIADO, del joven príncipe Mamilio.
OFICIALES, del Tribunal de Justicia.
POLIXENES, rey de Bohemia.
FLORIZEL, su hijo.
ARQUIDAMO, noble bohemio.
UN MARINERO.
UN CARCELERO.
UN ANCIANO PASTOR, á quien se reputa padre de Per-
UN BUFON, su hijo. [dita.
UN SIRVIENTE, del anciano pastor.
ANTILOCO, bribón.
EL TIEMPO, que hace oficios de coro.
HERMIONA, reina esposa de Leontes.
PERDITA, hija de Leontes y Hermiona.
PAULINA, esposa de Antígono.
EMILIA, dama. } del séquito de la reina.
OTRAS DOS DAMAS }
MOPSA, } pastoras.
DORCAS, }

Nobles, damas y séquito.—Sátiros, pastores, zagalas,
guardias, etc.

La acción pasa á veces en Sicilia y á veces en Bohemia

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Sicilia. Antecámara en el palacio de Leontes

Entran CAMILO y ARQUIDAMO.

ARQUIDAMO.—Si os aconteciere, Camilo, visitar Bohemia en ocasión semejante á la que ahora requiere mis servicios, veréis, como he dicho, gran diferencia entre aquel país y vuestra Sicilia.

CAMILO.—Pienso que el rey se propone pagar á Bohemia en el verano próximo la visita que justamente le debe.

ARQUIDAMO.—Aun cuando tengamos que avergonzarnos de nuestra pobre hospitalidad, nuestro afecto quedará bien justificado; porque ciertamente...

CAMILO.—¡Por favor!

ARQUIDAMO.—En verdad que lo digo con toda conciencia. No podríamos, con tanta pompa... de tan extraordinario modo... no acierto á decir lo que quisiera. Os daremos brebajes soporíferos para que los sentidos os nieguen su testimonio sobre nuestra insuficiencia; y así aun cuando no podáis encomiarnos, tampoco nos aplicaréis vuestra censura.

CAMILO.—Dais demasiado precio á lo que se os brinda espontáneamente.

ARQUIDAMO.—Creed que os hablo con toda sinceridad y honradez.

CAMILO.—Nunca el rey de Sicilia se mostrará bastante bondadoso con el de Bohemia. Juntos fueron educados en su niñez, y se arraigó desde entonces entre ambos tal afecto que necesariamente tiene ahora que ir creciendo. Desde que las obligaciones de la edad madura y las necesidades de la realeza vinieron á interrumpir su trato, jamás se vieron sin cambiar regios presentes, cartas, embajadas de afecto; de manera que, aunque ausentes, parecían estar juntos, y se daban las manos y se abrazaban, por decirlo así, desde puntos opuestos y al través de la distancia. ¡Que el cielo prolongue ese afecto!

ARQUIDAMO.—Paréceme que no hay en el mundo interés ó malicia capaces de alterarlo. ¡Qué apoyo tenéis en vuestro joven príncipe Mamilio! Es un caballero que promete tanto como el que más de cuantos ví en mi vida.

CAMILO.—Estoy enteramente acorde con vos en cuanto á las esperanzas que hace concebir. Es un gallardo mozo, que realmente infunde bienestar con su presencia y refresca los corazones envejecidos. Quien andaba ya con muletas antes de nacido él, querría vivir aun para verlo llegado á la virilidad.

ARQUIDAMO.—Y, sin eso, ¿creéis, que se alegrarían de morir?

CAMILO.—Sí, como no hallaran otro pretexto con que excusar su deseo.

ARQUIDAMO.—Si el rey no tuviera hijos, desearían vivir soportando su ancianidad hasta que tuviera uno.

(Salen.)

ESCENA II

Salón de honor en el palacio real

Entran LEONTES, POLIXENES, HERMIONA, MAMILIO, CAMILO y séquito.

POLIXENES.—Nueve veces ha visto el pastor mudarse la estrella de las aguas, desde que dejé nuestro trono sin que le oprimiese carga alguna y otro tanto tiempo pasaría, hermano mío, en expresaros nuestra gratitud; y aun así quedaríamos siendo perpetuamente vuestros deudores. Como cifra, que duplica y aumenta su valor, según se la coloca, multiplico ahora mi única manifestación de gratitud, por mil y mil expresiones de reconocimiento, que la preceden.

LEONTES.—Aguardad á darme las gracias para cuando partáis.

POLIXENES.—Señor, mañana será. Inquiétame el recelo de lo que puede acontecer ó prepararse en nuestra ausencia; y de que no se levanten en nuestra patria vientos de adversidad que nos hagan exclamar: ¡cuán ciertos resultaron nuestros presentimientos! Además, he permanecido aquí harto tiempo y bien puede Vuestra Majestad fatigarse de mi compañía.

LEONTES.—No, hermano, ¡cómo podríais fatigarnos jamás!

POLIXENES.—No puedo quedarme más tiempo.

LEONTES.—Oho días no más.

POLIXENES.—No, no; he de partir mañana.

LEONTES.—Pues partamos la diferencia entre nosotros: en eso no admito réplica.

POLIXENES.—Os suplico que no me acoséis así. Si hay alguna voz capaz de persuadirme, una sola en el mundo, esa es la vuestra. Y así sería ahora, á

haber en vuestra demanda el menor fundamento de necesidad, aun cuando yo tuviera que rehusarla. Pero mis negocios me llaman á mis hogares, sin que vuestro afecto deba impedirlo, á menos que se torne en azote para mí: mi permanencia es para vos una carga y una turbación. Y para evitar lo uno y lo otro, os digo adiós, hermano mío.

LEONTES.—¿Estáis muda, reina nuestra? Hablad.

HERMIONA.—Habíame propuesto, señor, guardar silencio hasta que le hubiéseis hecho jurar que no se quedaría. Vos, señor, se lo pedís con demasiada frialdad. Decidle que estáis seguro de que no hay novedad en Bohemia: ayer mismo tuvimos tan satisfactoria nueva. Decidle esto y lo habréis desalojado de su mejor trinchera.

LEONTES.—Bien dicho, Hermiona.

HERMIONA.—Si dijera que está impaciente por ver á su hijo, esta ya sería una razón. Pero en tal caso, que lo diga y no os opondréis á su partida; que lo jure y no tendrá que quedarse; nosotras mismas le echaremos con nuestras rucas. (*A Polixenes.*) No obstante, me aventuraré á pedir que nos prestéis vuestra real presencia por una semana. Cuando tengáis en Bohemia á mi esposo, le daré autorización para que permanezca un mes más sobre el plazo fijado para su vuelta. Y sin embargo, Leontes, no te amo un átomo menos que ama á este señor su real consorte. ¿No os quedaréis?

POLIXENES.—No, señora.

HERMIONA.—Pues os quedaréis.

POLIXENES.—No puedo en verdad.

HERMIONA.—¡En verdad! Tales protestas son muy débiles para vencer mi resistencia; pero yo, aunque quisierais trastornar los cielos con vuestros juramentos, insistiría. No os vais, no os vais. No os iréis; palabra de *reina*, que vale y puede tanto como la de rey. ¿Porfiáis en irros? Pues me obligáis á guardaros como mi prisionero, no como mi huésped. De ese modo al tiempo de partir no tendréis que

dar las gracias. ¿Qué decís? O huésped, ó prisionero. Porque, ya veis que no hay medio de evitarlo: ó lo uno, ó lo otro.

POLIXENES.—Entonces, señora, seré vuestro huésped: pues pasar por prisionero sería ofenderos; delito mucho más difícil para mí que para vos el castigarlo.

HERMIONA.—No seré, pues, vuestra carcelera, sino vuestra afectuosa amiga. Vamos; hemos de hablar de las trevesuras de mi señor y vuestras cuando muchachos. ¡Parece que erais entonces un par de bribones!

POLIXENES.—Eramos, hermosa reina, dos adolescentes que pensábamos sería siempre el mañana tan feliz como el hoy, y que nuestra felicidad no acabaría nunca.

HERMIONA.—Vamos á ver, ¿no era mi señor el más travieso de los dos?

POLIXENES.—Eramos como dos corderos gemelos que juntos triscan y juegan al sol; inocentes ambos, ignorábamos que existiese el mal y no imaginábamos que hombre alguno lo practicase. A haber continuado semejante vida, y no estar nuestro débil ánimo sujeto al influjo de la sangre impetuosa, hubiéramos podido elevar al cielo las manos, diciendo: «Sin mancha».

HERMIONA.—De lo cual infiero que habéis tropezado después.

POLIXENES.—¡Oh, venerada señora! Desde entonces la tentación ha pesado sobre nosotros; porque en aquellos inexpertos días mi esposa era aún niña; y vuestra preciosa persona no había aparecido todavía á la vista de mi compañero.

HERMIONA.—¡Gracias por el cumplido! Eso es decir casi que vuestra reina y yo hemos hecho oficio de diablos. Pero continuad. Ella y yo responderemos de las culpas que os hayamos hecho cometer, si la primera fué con nosotras, y luego no buscásteis otro cómplice.

LEONTES.—¿Está ya vencido?

HERMIONA.—Sí... se queda.

LEONTES.—No quiso hacerlo á petición mía. Nunca, amada Hermiona, empleaste mejor tu elocuencia.

HERMIONA.—¿Nunca?

LEONTES.—Nunca, excepto una vez.

HERMIONA.—¡Qué! ¿Es decir que, en suma, acerté... dos veces? Te ruego que me digas cuál fué la primera. A vosotros toca abrumarnos de alabanzas y hacernos engordar con ellas como aves de corral. Pasar en silencio una buena acción, mata en germen otras mil. Los aplausos son nuestro salario. Por un beso daremos la vuelta al mundo, cuando el rigor no nos haría mover una pulgada. Pero volvamos al caso. Mi última buena acción fué persuadirle á que se quedara. ¿Y la primera? Será hermana mayor de la otra, si no os he comprendido mal. Pero, en fin, sepamos, ¿cuándo fué? Estoy impaciente por saberlo.

LEONTES.—Por cierto que fué cuando al fin de tres mortales meses, llegué á hacer que abrieras tu blanca mano y cerraras en ella mi amor. Entonces dijiste: «Tuya soy para siempre.»

HERMIONA.—Afortunada he sido, en verdad. De dos veces que hablé, una gané para siempre real esposo, y la otra un amigo por breves días.

(Da la mano á Polixenes.)

LEONTES *(aparte)*.—Sí, pero con demasiado ardor, á fe mía. Mezclar las amistades es mezclar las sangres. ¡Tiemblo! me salta el corazón, y no de alegría, no. Esta acogida, en apariencia inocente, puede muy bien ser hija de la confianza y sus obsequios, de la bondad. Sí; estoy seguro de que todo esto puede ser. Pero esto de estrecharse las palmas y entrelazarse los dedos, como veo que lo están haciendo, y cambiar sonrisas como delante de un espejo, y luego ponerse á suspirar... No, esto no me place y me hace fruncir el ceño. Mamilio, ¿eres tú, mi hijo?

MAMILIO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—¿De todas veras? Tú eres mi joya preciosa. ¡Qué! ¿has manchado tu nariz? Dicen que es el facsímile de la mía. Ea, amiguito! límpiate. (Observando á Polixenes y á Hermiona.) ¿Todavía coqueteando con la mano en la suya? Dime, dime, hijo mío, eres hijo mío, verdad?

MAMILIO.—Sí; lo soy.

LEONTES.—Para ser enteramente igual á mí te falta una piel más áspera y... algo más. Y eso que dicen que nos parecemos como dos huevos. Cosas de mujeres, que charlan lo que les da la gana. Y aunque sean falsas como el color negro, como los vientos y las aguas; falsas como los dados que quisiera el jugador de mala fe; que este chiquillo se me parece no hay duda. Venid, señor pajecillo! Miradme con esos ojos picarescos, tierno bribonzuelo! ídolo mío! ¿Y será eso posible? ¡Oh imaginación! ¡cómo me hieres en lo más íntimo! tú conviertes en posible lo imposible, en continuo comercio con los sueños. ¿Cómo puede ser esto?... Cohabitas con la nada y en la nada engendras. ¿Por qué, pues, no será posible que saques fruto de algo?... y lo haces, sin duda... Lo veo, lo experimento en mí, que siento envenenada mi mente con mil cavilaciones.

POLIXENES.—¿Qué tiene el rey?

HERMIONA.—Parece distraído y perturbado.

POLIXENES.—Señor ¿qué ocurre? ¿En qué piensa mi mejor hermano?

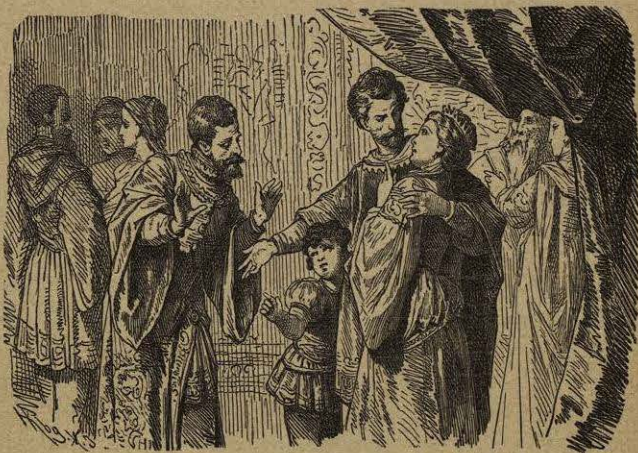
HERMIONA.—Parece que estáis sufriendo, y conmovido.

LEONTES.—No, no (¡cómo la naturaleza descubre á traición su fragilidad y su ternura, convirtiéndolas en pasatiempo de corazones más duros!); contemplando los perfiles del rostro de mi hijo, parecióme retroceder veintitrés años, y mirarme á mí propio en mi ropilla de terciopelo verde, con mi puñal encadenado para que no pudiera lastimar á su dueño, que los adornos suelen ser peligrosos. ¡Qué parecido era entonces, pensaba yo, á este ga-

lopín, este tuno, este càballerito! Dime, hijo, ¿sufri-
rías una afrenta por dinero?

MAMILIO.—¡Oh! no... me batiría...

LEONTES.—¡Cómo! quieres batirte? Ah, hijo mío,
Dios te bendiga. Decidme, hermano, ¿tenéis á vues-
tro joven príncipe tanto cariño como Nos al nues-
tro?



POLIXENES.—En casa es él todo mi ejercicio, mi
alegría, mi preocupación. Tan pronto es mi amigo
jurado como mi enemigo, mi parásito, mi guerrero,
hombre de Estado, todo. El hace que un día de
julio parezca breve como uno de diciembre; y con
su infantil volubilidad, me cura de pensamientos
que me enardecían la sangre.

LEONTES.—Los mismos oficios hace para conmigo
este señorito. Juntos vamos á dar ahora un paseo,
y á dejaros en vuestros más gratos entretenimien-
tos. Hermiona: mostrad á nuestro hermano en los
obsequios que debéis hacerle, todo el afecto que
nos profesáis. Prodigadle cuánto de mejor hay en
Sicilia; pues, excepto tú y nuestro pequeñuelo, na-
die le aventaja en mi corazón.

HERMIONA.—Si deseáis encontrarnos estaremos á
vuestras órdenes en el jardín. ¿Os aguardaremos
allí?

LEONTES.—Id á donde gustéis, que os hallaríamos
aunque fuera al otro lado del cielo. Id! id! (*aparte
observando á Hermiona.*) Tiendo la caña á vuestra
imprudencia, y no veis el anzuelo. ¡Cómo levanta
hacia él la cara y labios! y se apoya en su brazo
con la seguridad de una esposa en el de su propio
marido! Se han ido. Helos ahí, uña y carne, pareja
completa, enamorados hasta las cachas. (*Se alejan
Polixenes, Hermiona y séquito.*) Vé á jugar, niño; vé
á jugar. Tu madre juega, y yo juego también; pero
es juego el mío tan desgraciado, que su fin me hun-
dirá en el sepulcro entre silbidos, y el desprecio y el
sarcasmo serán el toque de mis funerales. Vé á
jugar, niño; vé á jugar. O mucho me equivoco, ó
antes de ahora hubo maridos engañados, y no fal-
tan ahora mismo muchos hombres, aun en el ins-
tante en que hablo, que llevando del brazo á sus
esposas, no sospechan que han sido seducidas en
su ausencia, y que el vecino inmediato estuvo pes-
cando en su estanque. No deja de ser algún con-
suelo que otros tengan puertas que se abren, como
la mía, contra mi voluntad; y si todos los casados
con esposas desleales hubiesen de desesperarse, la
décima parte de la especie humana se colgaría de
los árboles. Para este mal no se conoce remedio. Sin
duda fué debido al influjo de un astro, que extiende
á todas partes su dominio: de oriente á occidente,
de norte á sur, inmenso es su poder. En fin, que no
hay llave para guardar el honor de una esposa;
verdadera plaza, abierta constantemente al enemigo.
¡Cuántos, sin advertirlo, son víctimas de este mal!...
¿Qué tal, muchacho?

MAMILIO.—Dicen que me parezco á vos.

LEONTES.—¿Verdad? Pues ya es algún consuelo.
Hola! ¿Camilo aquí?

CAMILO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—Vé á jugar, Mamilio; eres un hombre honrado. (*Sale Mamilio.*) Camilo, ya sabes que nuestro amigo se queda por unos días.

CAMILO.—Mucho os costó obligarle á que no levase anclas.

LEONTES.—¿Lo habías advertido?

CAMILO.—Sin duda; ví que no quería ceder á vuestros ruegos, pretextando que estaba muy ocupado.

LEONTES.—¿Lo observaste? Con que ya hay quien observa lo que yo, y cuchichea y murmura: «El rey de Sicilia es esto y aquello.» El mal, por lo visto, hizo grandes progresos, antes que yo lo advirtiese. ¿Por qué se habrá decidido á quedarse, Camilo?

CAMILO.—Cedió á las súplicas de la buena reina.

LEONTES.—De la reina, sea. Buena, debiera serlo; pero no lo es. ¿Y no observó alguien más lo ocurrido? Por que tú ves más que el vulgo de los que me rodean. ¿No lo notaron sino los más inteligentes? Quizás la multitud no ha permanecido enteramente ciega en este asunto. Habla.

CAMILO.—Señor, todos entienden que el rey de Bohemia permanecerá aquí más tiempo.

LEONTES.—Hola!

CAMILO.—Permanecerá más tiempo.

LEONTES.—Sí; pero ¿por qué?

CAMILO.—Por complacer á Vuestra Alteza y corresponder dignamente á la invitación de nuestra muy bondadosa soberana.

LEONTES.—¿Corresponder á la invitación de vuestra soberana? ¿Corresponder? Basta con eso. Fie Camilo, á tu discreción, cuánto más me interesa, así lo relativo á mi afecto, como á los negocios de Estado; descargaba en ti mi pecho, como pudiera con un sacerdote. Separábame de tu lado, como un reformado penitente. Pero hemos sido engañados sobre tu integridad: engañados en lo que parece tal.

CAMILO.—No lo permita el cielo, señor!

LEONTES.—Insisto en ello. No eres honrado; ó si te inclinas acaso á serlo, eres un cobarde, que deserta de la honradez, absteniéndose de practicar la acción debida; ó sino, hay que considerarte muy negligente en los serios cargos que te han sido confiados; ó como un imbécil que ves ejecutarse una intriga en mi propio hogar, con la que se le arrebató su más preciada joya, y lo tomas todo por inocente juego.

CAMILO.—Mi bondadoso señor: puedo ser negligente, atolondrado y tímido, debilidades de las que ningún hombre se halla exento, y que algunas veces se hacen manifiestas entre las infinitas acciones del mundo. En vuestros negocios, mi aturdimiento habrá sido causa de negligencia; ésta, no permitiéndome pesar bien los fines, puede haberme hecho desempeñar el papel de aturdido; y es timidez que á menudo afecta aun á los más sensatos, la de no practicar aquello que debieran, cuando están inciertos y temerosos del éxito. Fragilidades son éstas, señor, reconocidas como cosa tan natural, que nunca la honradez puede estar libre de ellas. Pero suplico á Vuestra Alteza que sea más explícito conmigo, y me deje ver claramente mi falta. Si la niego, será, señor, porque realmente no la cometí.

LEONTES.—Has visto, sí, has visto (y no se puede dudar de ello, ó el lente de tus ojos es más opaco que el de un ciego), has oído (pues en cosa tan visible el público rumor no ha de guardar silencio), has pensado (¿y cómo no lo pensaría cualquiera que tuviese entendimiento?); sí, has visto, oído y pensado que la reina es infiel. Si lo confiesas y no tienes el descaro de pretender que careces de vista, de oído y de entendimiento, has de convenir en que la reina es una prostituta: que merece tan vil trato como la más vil meretriz; has de decirlo, y has de probarlo.

CAMILO.—Jamás habría permanecido yo donde se difamase á mi soberana señora, sin tomar inme-

diata venganza del ultraje. Os juro por mi corazón, señor, que nunca habéis hablado palabras menos dignas de vos; y que reiterarlas sería un crimen todavía más grave.

LEONTES.—¿Será nada el hablarse en baja voz, reclinar la mejilla del uno en la de la otra? ¿Será nada besarse y cortar la expansión de la risa con un suspiro, infalible gemido de la honradez que sucumbe, y andar guareciéndose en los rincones, y desear que se adelante el reloj y vuelen las horas, los minutos, el día, la media noche? ¿Y los ojos de todos están ciegos, y sólo ven los de ellos, los de ellos solos, que inobservados buscan la maldad?? ¿Es nada todo esto? Pues entonces el mundo entero y cuanto hay en él es nada: nada el firmamento, nada Bohemia, nada mi esposa, y en suma, no hay nada que contiene todas estas nada.

CAMILO.—¡Oh buen señor mío! Curaos de esta enfermiza opinión, y hacedlo con tiempo, porque es de las más peligrosas.

LEONTES.—Sí, peligrosa, pero verdad.

CAMILO.—No, no, mi señor.

LEONTES.—Sí, lo es. Mientes, mientes. Digo que mientes, Camilo, y te aborrezco. Confiesa que no eres más que un imbécil esclavo; ó si no, un intrigante contemporizador que ve el bien y el mal, y se inclina á ambos. Si mi esposa tuviera el cuerpo tan infestado como el alma, apenas viviría lo que tarde en caer un grano en el reloj de arena.

CAMILO.—¿Pero quién la infesta?

LEONTES.—¿Pues quién ha de ser sino el que la lleva siempre colgada al cuello como una medalla? ¿Quién ha de ser sino el rey de Bohemia? Y á tener yo á mi lado servidores dignos de este nombre, cuyos ojos se fijasen en mi honra tanto como se fijan en su propio provecho, ellos impidieran lo que está ocurriendo. Y tú, su copero, á quien yo he elevado desde la más humilde oscuridad á los puestos más venerados: tú que has podido ver, tan cla-

ramente como se ve el cielo la tierra, que soy engañado, tú podrías prepararle su copa de manera que diese la muerte á mi enemigo, lo cual sería para mí el mejor cordial.

CAMILO.—Señor y soberano mío: yo podría hacerlo, y no con tósigo violento; sino con discreta bebida imperceptible en su acción. Pero no puedo resignarme á creer que exista semejante mancha en la honra de mi venerada soberana.

LEONTES.—Pon en duda lo que digo y vete en mal hora. ¿Tan profunda será mi caída en el fango, que me designe á mí propio para exhibir semejante humillación? ¿Que manche la pureza de mi lecho, sin la cual el sueño es el tormento del que yace sobre espinas? ¿Piensas que yo, sin madura causa, atraería el escándalo sobre la sangre de mi hijo, á quien tengo y amo por tal? ¿Lo haría yo jamás? ¿Habría hombre que lo hiciera?

CAMILO.—Debo creerlo, señor, y os creo. Por ello despacharé al de Bohemia, siempre que Vuestra Alteza vuelva á tomar su reina como antes, así fuera sólo por consideración al joven príncipe vuestro hijo. De ese modo se impedirán comentarios injuriosos en cortes y reinos que son aliados vuestros.

LEONTES.—Lo que me aconsejas es precisamente lo que yo había resuelto hacer. No: no haré caer sombra alguna sobre su honor.

CAMILO.—Podéis ir, mi señor, y estar en compañía del rey de Bohemia y de vuestra reina, con tan sereno semblante como suele ostentarlo la amistad en una fiesta. Soy su copero; y no me tengáis más por vuestro servidor, si no le propino una bebida eficaz.

LEONTES.—Eso es todo. Hazlo, y habrás ganado la mitad de mi corazón. No lo hagas, y habrás hecho pedazos el tuyo.

CAMILO.—Lo haré, señor.

LEONTES.—Aparentaré amistad, como me has aconsejado. *(Sale.)*

CAMILO.—¡Oh infeliz señora! Pero en cuanto á mí ¿en qué situación me encuentro? He de ser el envenenador del buen Polixenes; y para serlo no ten-



go más fundamento que la obediencia á mi señor: quien, en guerra consigo mismo, quisiera que todos le imitaran. A la ejecución de ese acto sigue la recompensa. Aunque hubiera ejemplo de miles que debieran á este crimen su fortuna, jamás lo cometeré. Y pues no hay un solo ejemplo recordado en bronce ni piedra ni pergamino, quede burlada la villanía. Es necesario que abandone la corte. Hágalo ó no, es ciertamente para mí cuestión de muerte. Brilla ¡oh buena estrella mía! He aquí al rey de Bohemia. *(Entra Polixenes.)*

POLIXENES.—¡Qué extraño es esto! Parece que

mi favor principia á declinar. ¡No hablarme! Buenos días, Camilo.

CAMILO.—¡Salud, señor!

POLIXENES.—¿Qué nuevas hay en la Corte?

CAMILO.—Ninguna extraordinaria, señor.

POLIXENES.—Tenía el rey un aspecto tal, que no parecía sino que hubiese perdido alguna provincia ó región, que amara tanto como á sí mismo. Hace apenas un momento me acerqué á él con la cortesía habitual; mas él apartando la vista, y con un gesto de gran desprecio se alejó presuroso de mí, dejándome en la perplejidad sobre lo que puede motivar semejante cambio en sus maneras.

CAMILO.—No me atrevo á saberlo, señor.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿no atreverse á saberlo? ¿Lo sabéis y no os atrevéis á confiármelo? Porque en lo que á vos respecta, sabiéndolo, habéis de decirlo, y no responder que no os atrevéis. Buen Camilo, la alteración de vuestra fisonomía es para mí un espejo, que me hace ver demudada la mía también. Sin duda debo ser parte en estas mudanzas, para experimentarlas en mí.

CAMILO.—Hay una enfermedad que suele afectar á algunos de nosotros; pero no puedo nombrarla; y el contagio lo habéis traído vos que estáis sano.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿que la traje yo? No me asemejéis al basilisco; pues he mirado á miles que se han sentido mejor por mis miradas, y jamás murió ninguno á causa de ellas. Camilo; ya que ciertamente sois un caballero, habituado además á los negocios, y que tanto sois adorno de nuestro pueblo como los ilustres nombres de nuestros padres, os ruego que si sabéis algo que me importe, no me dejéis con vuestro silencio en la ignorancia.

CAMILO.—No puedo.

POLIXENES.—¿Una enfermedad recibida de mí, y sin embargo estoy sano? Es necesario responderme. ¿Oyes, Camilo? Te conjuro por cuanto cabe de honroso en un hombre (y no es la menor parte de

ello el que yo te ruegue), que me digas cuál accidente es el que á tu juicio me amenaza con algún mal: si está distante ó próximo, cómo puedo evitarlo, si es posible, y si no, cuál sea el mejor medio de sobrellevarlo.

CAMILO.—Os lo diré, señor; pues apeláis á mi honor, vos á quien creo honrado. Atended á mi consejo, el cual debe ser seguido en el instante mismo de haberlo pronunciado; de lo contrario vos y yo podemos darnos por perdidos sin remisión.

POLIXENES.—Prosigue, buen Camilo.

CAMILO.—El rey me ha encargado que os asesine.

POLIXENES.—¿Quién?

CAMILO.—El rey.

POLIXENES.—¿Por qué?

CAMILO.—El piensa, y aun lo jura con entera confianza, como si lo hubiera visto, que le habéis engañado secreta y criminalmente con su esposa.

POLIXENES.—¡Oh! Si tal fuera, debería toda mi sangre tornarse infecta masa, y mi nombre igualarse al de aquel que hizo traición al Justo! Convirtiérase lo más puro de mi reputación en un vapor ofensivo y pestilente; y mi presencia debería ser evitada y aborrecida como el peor contagio.

CAMILO.—Así juréis por cada estrella del firmamento y por todas sus influencias, más fácil os ha de ser impedir á la marea obedecer á la luna, que destruir ni conmover la fábrica de su locura, levantada sobre su fe, y en la cual descansa hoy todo su sér.

POLIXENES.—¿Pero cómo pudo concebir esta idea?

CAMILO.—Lo ignoro; pero estoy seguro de que vale mucho más evitar el peligro presente que averiguar su origen. Si os inspira confianza mi honradez, partamos esta noche. Yo informaré sigilosamente del asunto á vuestro séquito, y haré que se alejen de la ciudad de dos en dos y de tres en tres. En cuanto á mí, pongo á vuestro servicio mis fuerzas, perdidas ya aquí por esta revelación. No vaciléis;

os juro por la honra de mis padres que os he dicho la verdad. Si tratáis de comprobarla, no me atreveré á sostenerla; ni por eso estaríais en menos peligro que el condenado por boca del rey mismo, pronto á ejecutarlo.

POLIXENES.—Te creo. He visto en su semblante su corazón. Dame tu mano. Guíame, y estarás siempre á mi lado. Prestas las naves, mi pueblo esperaba que yo hubiese partido desde hace dos días. Estos celos son por una preciosa criatura; deben ser grandes, cuanto ella extraordinaria; su violencia estará en proporción del poder de quien los siente; y por lo mismo que él se cree deshonrado por quien se decía su mejor amigo, la venganza tiene que ser doblemente acerba. Temo lo que pueda suceder, y debo buscar en la ausencia protección para mí y descanso para la bondadosa reina, motivo de la locura, pero no de la sospecha en mal hora concebida! Marchemos, Camilo, que si sacas de aquí mi vida en salvo, he de respetarte como á un padre. Vamos.

CAMILO.—Es parte de mi autoridad disponer de las llaves de todas las puertas. Quisiera Vuestra Alteza aprovechar los instantes. Salid, señor.

(Salen.)